



Tubo de ensayo

Thierry Ways

## Vacas, sol y soberbia

**H**ace dos semanas, el Presidente aprovechó la inauguración de un parque fotovoltaico cerca de Montería para lanzar una de sus atrevidas improvisaciones: que los ganaderos cambien “las vacas” por paneles solares. “¿Cuánto de utilidad se genera al año?... muchísimo más que las vacas”, sentenció.

La noticia pronto fue sepultada por el alud de acontecimientos y pseudoacontecimientos que nos atropellan a diario. La rescato hoy, sin embargo, porque -no por primera vez- los pronunciamientos infundados del Presidente revelan mucho sobre su pensamiento.

Lo primero que hay que notar es la poca fe que el mandatario le tiene a la gente: al “pueblo” que tanto invoca. No parece confiar en él. No parece aceptar que las personas, de manera autónoma, sean capaces de tomar las decisiones que más les convienen según su proyecto de vida. Ejemplifica lo que Friedrich Hayek llamó “la fatal arrogancia”: la idea de que una persona (o un grupo de iluminados) cuenta con suficiente sabiduría como para sustituir su propia voluntad a las escogencias espontáneas de individuos libres, actuando según sus intereses y con conocimiento de sus circunstancias.

Dicho de otro modo: si reemplazar reses por paneles es tan buen negocio, ¿por qué cada ganadero no está cambiando ya sus semovientes por celdas solares? ¿Son tontos acaso?

No, no son tontos. Puede haber muchas razones para no hacerlo. Tal vez la finca esté demasiado alejada para interconectarse a la red eléctrica. Quizá la inversión escape a sus posibilidades. A lo mejor simplemente les guste la ganadería. Quizá haya lugares donde tiene más sentido dedicarse a una actividad que a la otra. O tal vez Petro se equivoque y el negocio no sea tan bueno.

¿Si todos se dedican a la generación eléctrica, además, quién va a producir la carne y la leche que consume la sociedad? ¿U otros productos, como el cuero? ¿Tocaría importarlos -más caros-, como se pretende con el gas?

Por cierto, biológicamente hablando, una finca ganadera a la colombiana, es decir, de pastoreo, ya es una fábrica de captura y transformación de energía solar. La fotosíntesis integra la radiación del sol al pasto, que engorda a los animales que lo consumen, los que, a su vez, producen la costilla para el sancocho, la leche para el suero o la piel para los mocasines Ferragamo que gustan en Palacio. Cada hoja de pasto es una planta solar en miniatura.

El Presidente no tiene por qué tener todo eso presente, por supuesto, dado que la ganadería no es su especialidad. Y justamente ese es el punto: que la decisión sobre cuál actividad le conviene más al ganadero en las orillas del río Sinú queda mejor en manos de las personas que se dedican a ese oficio allí. Y esas decisiones pueden ser distintas a las que se tomen en la altillanura del Vichada, por ejemplo. Ninguna autoridad en Bogotá conoce las especificidades de un oficio mejor que quienes están inmersos en él día tras día, año tras año, lidiando con cientos de dificultades que los burócratas capitalinos no alcanzan a imaginar. Es de soberbios -enceguecidos por la fatal arrogancia hayekiana- creer que uno sabe más lo que a esas personas les conviene que ellas mismas.

Y este no es un problema que atañe únicamente a los vacateñientes. Pues esa actitud es la misma que inspira al mandatario a estatizar la economía nacional y a proponer ideas tan pintorescas como el “exorcismo” de Ecopetrol, consistente en que renuncie al petróleo y se dedique a la inteligencia artificial. Como si una reconversión industrial de esa envergadura dependiera de un chasquido de dedos presidencial. A muchos les pareció cómica la propuesta de Petro sobre las vacas. Pero si la fatal arrogancia se ensaña con la principal empresa del país, las consecuencias serán mucho menos divertidas.

“

La ‘fatal arrogancia’: creer que el líder puede sustituir su voluntad a la de los ciudadanos.